

LA UNIDAD Y LA FRAGMENTACION

LA unidad apareció, durante cuarenta años, como el tejido básico del poder en España. Se presenta ahora como virtud de la nueva política la pluralidad. Ojalá fuese así. Sucede, en cambio, una fragmentación. La diferencia entre pluralidad y fragmentación es, desde el punto de vista político, considerable. La pluralidad es una convergencia, una fuerza centrípeta, que trata de acumular en el núcleo de la Administración del Estado una serie de valores que pueden abstraerse en un denominador común. La fragmentación es centrífuga, es como una explosión.

LA unidad de los cuarenta años fue ficticia. Forzada. Procedía, por una parte, del uso de la violencia para suprimir cualquier forma de pluralidad —que se confundía deliberadamente con la fragmentación—, ejercida en forma de represión y de anulación; por otra, de un reparto de beneficios entre los "nacionales". Había unos grandes estamentos clásicos, fuera del Gobierno o a penas representados en él, y había lo que se llamó "familias" políticas, con una metáfora prudente, entre las cuales el general y los estamentos repartía Ministerios y cargos varios; la dosificación dependía de ciertos momentos políticos internacionales, de la respuesta a ciertas modas de la economía, las doctrinas imperantes, la acumulación de arrastres históricos. Las rencillas de estas familias entre sí se acallaban con cierta facilidad: no llegaban más lejos de donde pudiera comenzar el peligro de perder el reparto de la riqueza, de los privilegios, de las ventajas del poder. Unas riquezas que llegaron a ser considerables, en gran parte porque quienes las producían estaban aprisionados en las tramas de la violencia, en parte porque llegaban hasta aquí los restos de una prosperidad mundial a la que esa forma de Estado servía muy bien. Sin necesidad de traicionarse a sí mismo: sus premisas anticomunistas, su concepción del trabajo y del capital, las fuerzas de unidad desplegadas, conseguían que España fuera un gran centro para las inversiones, con una mano de obra muy barata y muy disciplinada, que producía excelentes rendimientos. El turismo, aparte de los encantos naturales de las tierras y los mares, se vendía a precio barato: ofrecía más, por menos dinero, que cualquier otro país. Era, al mismo tiempo, una posición estratégica de un valor considerable; en la retaguardia de Europa, inclinada hacia África, flanqueando el Me-

diterráneo. Ocurría que, al mismo tiempo, tenía menos exigencias que otros países y se podía esgrimir contra ella, para sostenerla en cierta lejanía, su condición diferencial. Era bastante pago que su régimen hubiera sido dejado vivo después de la caída de los otros grandes fascismos-nazismos de Europa. Pero no podía pretender entrar en el cuadro del Mercado Común ni de ninguna de las otras instituciones sociales, políticas y económicas de Occidente. España no era una democracia, no respondía a un mínimo de condiciones establecidas. Estaba fuera.

ES incalculable el daño inmenso que ese estado de cosas ha hecho en nuestro país. El reparto de los beneficios entre las "familias" impidió siempre que se hicieran inversiones fructíferas. Apareció un empresariado de aluvión, en parte procedente de la victoria en la guerra civil, en parte de la audacia y el desenfado, que nunca se profesionalizó. Se acostumbró a que los beneficios se hacían de un día a otro, y procedían más bien de las regalías —licencias de importación, permisos de construir, nombramientos de consejeros, industrias paraestatales— que de un esfuerzo continuado o de la afinación obligatoria en un mercado libre. La calidad del producto importaba menos que la envoltura de beneficios que llevaba ese producto por caminos distintos de los de la concurrencia. La violencia sobre el trabajo acabó con la perfección del trabajador; acompañada esa violencia de los salarios bajos y las jornadas largas con la prohibición y castigo de cualquier "conflicto" por la inmovilidad en el puesto de trabajo, produjo como respuesta el abandono del arte y del oficio, la desgana, el contratrabajo, la falta de productividad. Lo cual se añadía al defecto del producto terminado. Todo ello se advertía en toda clase de trabajos. El sostenimiento de unos catedráticos de guerra frente a otros sospechosos, la censura de textos, los programas ministeriales, el peso de los estamentos y finalmente la represión directa sobre el estudiantado acabó con la Universidad. Destrozó la cultura. Los "cerebros" emigraron a países donde hubiera investigación; la mano de obra, a aquellos donde pudiera estar pagada suficientemente.

TODO esto es la historia de España reciente, y la actualidad política de España al mismo tiempo. Parece obvio recordarlo: es preciso, sin embargo, cuando avanza cada vez





La unidad de los cuarenta años fue ficticia, forzada. En la foto, la gente desfila por la capilla ardiente donde yacen los restos de Franco el 21 de noviembre de 1975.

más la idea de que aquella fue la buena España y ésta la mala, y que la democracia es la culpable de lo que está pasando. Lo que está pasando es simplemente lo que pasó, y no ha cesado de pasar.

LOS estamentos siguen siendo los mismos, con las mismas personas y la misma doctrina básica. Las "familias" políticas han derivado en partidos, y los partidos en una unión burocrática para el poder, en una UCD. Sucede, sin embargo, que la prosperidad mundial que existió ya no existe, sino todo lo contrario. Ya no se trata de repartir la riqueza, sino la pobreza, arrojándola lo más lejos posible del círculo mágico del poder. Las "familias" regañan. La unidad de la derecha sostenida durante cuarenta años se fragmenta. Los que pueden amenazar, amenazan; los que no pueden más que desgastar, desgastan. Si Alianza Popular se rasga, porque está fuera del círculo de poder, UCD restaña sus heridas porque es el poder mismo; pero está vulnerada seriamente. Apenas puede legislar. Pone sus esfuerzos en un punto, no tiene extensión para abarcar simultáneamente todos los demás. Cuando consiguió una Constitución ambigua, resulta incapaz para desarrollarla, no ya dentro del consenso con que se logró la Constitución con los partidos de izquierda, sino dentro de sus propias premisas programáticas, doctrinales: si estas palabras parecen excesivas, digamos que electorales. Llegar a los Estatutos le ha costado sudores de muerte. No sabe qué hacer, ahora, con los que le quedan. Los estamentos se le desploman encima con más fuerza que las mayorías de votantes. La fragmentación contenida todavía por el reparto del poder produce, como resultante, un equilibrio inestable. Es decir, una apariencia de inmovilidad.

LA izquierda no es ajena a esta fragmentación. Lleva tiempo preparándose para aquello que no sucede jamás. Se preparó para una revolución, y no vino: Franco murió en su cama, el cambio se hizo con bisagras. Se preparó después para una sociedad de prosperidad y de consumo, abandonando las premisas revolucionarias, y la sociedad del bienestar y el consumo se le deshizo en la manos. Buscó el consenso y no pasó de ser útil a sus enemigos. Trató de la concentración nacional y está cada día más lejos.

PODEMOS llamar a todo esto la transición: un estado confuso y lento, sin límites visibles. El problema es que transita poco. Se espera llegar a salir: que la fragmentación termine, que el pluralismo comience, que la democracia funcione, que los estamentos se acomoden. No hay una ley política que asegure que esto va a producirse así. Hay países que llevan siglos fragmentándose y con menos esperanzas cada vez. Se les llama subdesarrollados, Tercer Mundo, naciones proletarias y de muchas maneras más. ■

LoS
CoNTEM
poRA
nEoS

¿SE CONDENARAN LOS OBISPOS?

CONOZCO alguien que está preocupado por algunos obispos: cree que se van a condenar. La campaña contra el divorcio le parece grave para ellos. Trato de tranquilizarle: los obispos no se condenan nunca. "También hay banqueros que se arruinan", me dice. Y médicos que enferman, y hasta se mueren. Pero no conviene mezclar las cuestiones terrenas con las divinas. "Son ellos las que las mezclan. El obispo de Orense, Angel Temiño, dice que el divorcio es una monstruosidad. Y dice también que el Gobierno, si aprueba el divorcio, cometerá otro error. Hay que fijarse bien: otro. El obispo cree que el Gobierno está cometiendo errores...". Replico que por qué el obispo de Orense iba a ser una excepción. En este país hasta los obispos deben ser libres. Y si otro obispo, el de Ciudad Rodrigo, cree que el divorcio no puede ser regulado por un Gobierno, porque es algo que "escapa al poder humano", pues que lo crea.

"Pero el Gobierno, la mayoría de los parlamentarios, creen en el cielo y en el infierno, y creen que los obispos tienen las llaves. La presión de ese sector de la Iglesia es fuerte sobre los políticos que ¡creen en el paraíso!". Pero creen mucho más en los votos. El cielo y el infierno son valores abstractos y lejanos, pero los votos son de este mundo. Para un político, aunque sea de UCD, sobre todo si es de UCD, el paraíso es estar en el poder, en el Gobierno, y el infierno estar en la oposición.

Ahora, mi interlocutor, que es compasivo, piensa en la terrible situación de estas gentes de UCD, divididos entre la necesidad metafísica del paraíso y la de los votos para mantenerse en el poder. "¡Pobrecillos!", dice. Para él, que los obispos vayan al infierno y los gobernantes a la oposición son catástrofes graves.

Hay que tranquilizarle. Los obispos no pueden condenarse por comportarse como obispos. Y los políticos no pueden perder votos por comportarse como gobernantes. Algún arreglo habrá. De alguna forma se resolverá todo para que la Ley de Divorcio haga creer a la masa electoral que se puede divorciar y a los obispos que van a salvar sus ricas almas.

"Pero a la gente no se la puede engañar", dice mi amigo. Qué extraña creencia. Si a la gente no se la pudiera engañar, ciertas instancias no existirían. Ni disputarían entre sí. Y a los que no se puede engañar, se les puede sujetar, acallar, reprimir: hasta que sonrían como si, de verdad, estuvieran engañados. Los obispos se comportarán como obispos, los gobernantes como gobernantes y las gentes se casarán y se divorciarán en Las Vegas y en Reno, abortarán en Londres, se anularán por la Rota. "Pero eso son los ricos", musita mi interlocutor. Naturalmente, ¿quién habla aquí de los pobres? ■

POZUELO